

**Lorenza Mazzetti**  
**¿PUEDE PRESTARME**  
**SU PISTOLA, POR FAVOR?**

TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2019  
TÍTULO ORIGINAL: *Mi può prestare la sua pistola per favore?*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

© La nave di Teseo, 2016  
© de la traducción, Natalia Zarco, 2019  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-88-5  
DEPÓSITO LEGAL: CC-225-2019  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

# I

Hoy he matado a mi padre. O quizá fue ayer. Tuvo que ser ayer\*. Cojo mi cuaderno y anoto una frase leída en un manual: «El parricidio es sólo la consecuencia de la costumbre secular de los padres de matar a sus hijos». Cierro el cuaderno y alzo el rostro, pensativa. El tren continúa su marcha y se adentra en un túnel.

Sentado delante de mí hay un señor; se parece a mi padre. En el momento en el que la luz reaparece creo percibir en sus ojos una mirada de odio y reproche. Entonces pienso: mi padre era autoritario y represivo.

El señor que está sentado delante de mí me da una bofetada. Me quedo pasmada. Me llevo la mano a la mejilla. Me levanto, salgo al pasillo.

Me encuentro en este tren, lejísimos de casa. Hay mucha gente, entro en otro compartimento. Me siento. El tren pasa por otro túnel. Delante de

\* El principio del libro es una clara alusión al arranque de *El extranjero* de Albert Camus: «Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer». La novela de Mazzetti está llena de alusiones a numerosos textos de distintos autores. (Todas las notas son de la traductora.)

mí hay una viejecita, se parece a mi abuela; a su lado, una mujer grande, con los senos muy grandes, se parece a mi madre; al lado de ella hay un cura. Me mira con aire sombrío. Me siento men- guar. Cuanto más los miro a todos más peque- ña me vuelvo. De repente, soy tan pequeña que los pies no me llegan al suelo. El cura, mirán- d- me a los ojos, pregunta: «¿Cuántos son los mis- terios de la fe?».

No lo sé. Se yergue por encima de mí y me da una bofetada. Me llevo la mano a la mejilla y me quedo de piedra.

El cura vuelve a sentarse. No soporto su mirada. Me levanto y cambio, otra vez, de compartimento.

Tengo calor, sofoco. Un hombre levanta los ojos de un libro. Se parece a mi profesor. ¡Al diablo todos los profesores y su cultura clasista! Me mira fijamente y después me pregunta a bocajarro: «¿Qué respondió Don Abbondio a los matones de Don Rodrigo cuando le dijeron que aquel ma- trimonio no podía celebrarse?»\*.

Tengo calor. No respiro. Intento recordar y di- go: «Ese brazo del lago de Como que se vuelve a mediodía...». Me levanto en busca de un poco de aire, salgo al pasillo, recorro todos los vagones

\* Se refiere a una de las novelas italianas más famosas del siglo XIX, *Los novios*, de Alessandro Manzoni, que muchos escolares del país han leído (incluso en «adaptaciones» o versiones para niños).

hasta el último. Me encuentro mal. Me llevo la mano a la frente. Arde. Entro en el último compartimento. El del revisor.

En ese momento me da la impresión de ser un *compañero*. Le sonrío. Es imprescindible dinamitar esta sociedad de mierda.

Me mira atentamente y me pregunta si llevo billete. Busco en los bolsillos pero no lo encuentro. Estoy tan acostumbrada a la honradez que incluso he olvidado que nunca llegué a comprarlo. Salgo huyendo por el corredor. Puedo ver en sus ojos que me considera una loca. Cambio de idea. En vez de prenderle fuego a un centro comercial le prenderé fuego a un manicomio. Desde el fondo, el revisor avanza junto a dos policías.

Mientras corro veo por las ventanillas inmensas arquitecturas de cemento armado. Entramos en un bosque de hierro y piedra. Ya estoy, finalmente, en la gran ciudad. Estaría bien si justo ahora me detuvieran. El tren aminora la marcha, descendiendo, la luz del día desaparece, se adentra en las entrañas de la tierra.

Al fin, para en la inmensa estación central subterránea de la metrópoli. Las puertas de los vagones se abren y soy vomitada, arrastrada por la muchedumbre. Corro desesperadamente; a lo lejos veo a los policías que intentan seguirme. Me tiemblan las piernas. Me parece sentir sus manos

sobre los hombros. No puedo hacer más que gritar: «¡Dios mío, ayúdame!».

Hasta qué punto estoy condicionada.

Continúo con mis pensamientos condicionados. Sólo debo obedecer a mi conciencia, pero ¿cómo hacerlo si también está falsificada? Miro en mi interior buscando mi *Yo* pero sólo veo mis pulmones. Por ahora mi revolución se limita al uso de palabras incorrectas u obscenas, pero soy consciente de que no es con la obscenidad con lo que se destruye el «sistema».

Me voy con mi conciencia manipulada, como está escrito en este librito. ¿Quién puede decirme entonces cuándo, en qué momento, podré liberarme de esto que llamamos «falsa conciencia»?

Si todo lo que digo y lo que pienso ya lo he escuchado antes, si mi cerebro funciona como un registrador, ¿en qué momento podré empezar a expresarme con mi propia voz? ¿En qué momento nazco y otra parte de mí muere? Si mi cerebro está lleno de frases hechas, ¿basta con matar al padre para liberarse? ¿O es necesario matar también a la madre y a los abuelos y los tíos, y a los amigos de los tíos y a los vecinos y a la criada y al sirviente y al buey y a la mula y a no sé quién más?

Parece sencillo ser revolucionario leyendo este pequeño libro, aun así me parece más fácil prenderle fuego a un centro comercial que entender

cuándo y en qué punto empieza el final de este largo proceso de condicionamiento.

Admitamos, como está escrito en este opúsculo, que yo haya estado condicionada desde el principio por toda la educación recibida. Ahora que lo sé, y habiendo resultado una tremenda conmoción comprenderlo, debo cambiar no sólo mi forma de pensar, sino también el modo de mirar, de caminar, de sonreír, de llorar, de gritar, de morir. Sin embargo, cuando lloro me siento como mi madre y cuando me enfado como mi padre. No es nada fácil diferenciar cuándo se es uno mismo y cuándo no, ni separar limpiamente la parte que está condicionada de la que no lo está. ¡Pero en este manualito revolucionario todo parece tan sencillo! ¿Cómo liberarse de ese algo, que me invade y me domina por entero, que es el terrible impulso de matar a mi madre y a mi padre?

Miles de padres, vivos o muertos, quizá en este mismo momento, infligen sus castigos a miles de jóvenes que, como yo, viajan con un cóctel molotov bajo el brazo. Quién sabe cuántos de esos chavales, para recuperar ese amor, están dispuestos a volver atrás. ¡En nombre de la familia me declaro engañada! Por supuesto no volveré atrás. Hoy, a más tardar mañana, haré la revolución.